CAPÍTULO I. *Del nacimiento de Fernando Cortés hasta el tiempo que pasó a las islas de La Española, y lo que en España y en el camino le pasó*

AÑO DE MIL CUATROCIENTOS Y OCHENTA Y CINCO, siendo reyes de Castilla y Aragón los católicos don Fernando y doña Isabel, nació Fernando Cortés en Medellín (que es en Extremadura). Su padre se llamó Martín Cortés de Monroy y su madre doña Catalina Pizarro Altamirano. Entrambos eran hidalgos porque todos estos cuatro linajes, Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano, son muy antiguos, nobles y honrados. Tenían poca hacienda, pero lo que de esto les faltaba les sobraba en honra. Crióse siempre enfermo hasta que siendo de edad de catorce años, en el cual tiempo sus padres le enviaron a estudiar a Salamanca. Supo bien la gramática en dos años que siguió los estudios. Quiso pasar a estudiar leyes (que es la ciencia más universal para los que siguen la vida secular de capa y espada), pero como su ventura no le llamaba por estudios de letras sino por el valor de la espada, atajóle estos intentos con unas calenturas cuartanas que le sobrevinieron, y así se volvió a Medellín, cansado de estudiar y falto de dinero. Era mozo bullicioso y que con la viveza de su condición daba cuidado a sus padres; y como en él conocieron más inclinación a las armas que a las letras, le concedieron licencia para pasar a las Indias, aunque (según dicen otros) quiso ir a Nápoles con Gonzalo Fernández de Córdoba, que llamaron el Gran Capitán; porque como se inclinaba a seguir la milicia vacilaba en el viaje y unas veces se inclinaba al un pensamiento y otras al otro. Y por ser esta edad tan varia dijo sapientísimamente Salomón:[1] Tres cosas me hacen grande dificultad y en realidad de verdad me pone en gran cuidado su conocimiento e inteligencia; pero la cuarta que se añade a estas tres cosas, de todo punto la ignoro y se me pasa de vuelo. La primera (dice) es el vuelo del águila por los aires. La segunda, el andar de la culebra por una peña. La tercera, el curso del navío por medio de las aguas de la mar. La cuarta, la vida del mancebo en su adolescencia y mocedad; y es de tanto espanto y admiración que la pone muy grande a los que la consideran, porque es un camino sin camino y unos pasos sin senda; y si hace admiración el águila que vuela por los aires, haciendo puntas de una parte a otra; y la culebra por cima de la piedra, torciendo el cuerpo a diversos lugares; y la nave surcando las aguas del mar, sin dejar rastro de las guiñadas que va dando; tanto como esto y mucho más admira y espanta el camino y curso que va haciendo el hombre en su adolescencia y mocedad, porque es de poca estabilidad y permanencia, y cuando parece que escoge

[1] Prov. 30.

uno ya lo deja y apetece otro y por esto se compara a estas tres cosas al vuelo del ave, que vuela altísimamente que parece que sube a los cielos; y a la culebra que se arrastra por los suelos; y a la nave que sigue los inciertos movimientos de los rumbos y olas del mar. Porque el mancebo ya vuela por los aires con grandes consideraciones de pretender estados y conseguir glorias; ya se arrastra por los suelos torciendo caminos desbaratados y locos y otras veces se abalanza a las cosas inciertas de la mar. De esta manera comenzó su vida nuestro mancebo Cortés; ya levantando la consideración a las letras y comenzando a saberlas, ya las deja y quiere seguir la milicia por tierra y quiere pasar a Nápoles en compañía del Gran Capitán; ya se arrepiente de este viaje y vuelve a querer el pasaje de las Indias que antes había apetecido; y aunque es verdad que el bullicio de la sangre le hacía variar y trocar intentos, lo principal era la buena suerte que en estas Indias se le guardaba, que aunque no la sabía entonces se le iba disponiendo para ocasión más sazonada; y con esta determinación se dispuso para ir su jornada a las Indias en busca de Nicolás de Ovando, comendador de Lares, que había venido por gobernador de Santo Domingo y era con quien Cortés había de pasar a estas partes la primera vez que se determinó de hacer esta jornada.

Tenía Cortés diez y nueve años cuando vino a esta tierra, y el de mil quinientos y cuatro llegó a Sevilla, a ocasión que pasaban cinco navíos a La Española; acomodóse en uno de Alonso Quintero, vecino de Palos de Moguer, que iba en conserva de los otros cuatro con mercadería, los cuales tuvieron próspera navegación, desde Sanlúcar de Barrameda hasta la Gomera e Islas de Canaria. Pero Alonso Quintero, codicioso de vender bien sus mercaderías en la Isla de Santo Domingo, sin dar de ello noticia a sus compañeros, se partió una noche dando velas a su navío; pero luego que se hizo a la vela cargó tanto tiempo que le fue forzoso volverse al puerto, quebrado el mástil del navío. Verificándose en esta ocasión el proverbio que dice, que no por mucho madrugar amanece más aína, que si es propio de la codicia romper el sayo, aquí probó a romperlo y quebró el árbol o mástil. Rogó a los compañeros que le esperasen, mientras lo aderezaban; hiciéronlo así, aunque por lo hecho no le debían compañía.

Partieron todos juntos y después de haber navegado así algunos días, Quintero, que vio el tiempo próspero, engañado otra vez de la codicia se adelantó de la compañía volviendo a probar ventura, poniendo como de primero la esperanza de la ganancia en la presteza del camino; y como la navegación era nueva y los pilotos poco diestros en ella vino Quintero a dar donde no sabía si estaba bien o mal. No pudo disimular la turbación; maravillábanse los marineros, estaba triste el piloto, lloraban los pasajeros y no sabían el camino hecho ni por hacer; echábanse la culpa los unos a los otros y todos negaban que la tenían; los bastimentos les comenzaron a faltar y el agua que traían vino a ser tan poca que no bebían sino de la llovediza, cogida en las velas que por esto era de peor gusto; creciendo los trabajos, crecía también la confusión en todos y la turbación, y todos se confesaron; unos maldecían su ventura y otros pedían misericordia espe-

rando la muerte, que algunos llevaban ya tragada; y cuando no fuese esto temían ir a tierra de caribes donde se comían los que cautivaban; animábalos el mozo Cortés no mostrando turbación en su rostro. Indicios ciertos del ánimo que había de mostrar en lo por venir en otros mayores aprietos.

Estando así congojados y afligidos vino a la nao una paloma el Viernes Santo, ya que se quería poner el sol, y sentóse sobre la gavia; que no sería de menos contento y alegría para sus atribulados corazones que la que soltó Noé del Arca, que de vuelta trajo en el pico un ramo de oliva verde, que le consoló y aseguró del descubrimiento de la tierra. Todos lo tuvieron por buen anuncio y como les pareciese milagro lloraban de placer. Unos decían que venía a consolarlos; otros, que la tierra estaba cerca. Yo digo que Dios, como piadoso, quiso manifestar en ellos su misericordia y alentar sus corazones con las nuevas de las paces que en semejante día (muriendo) hizo entre Dios y los hombres, pagando con su muerte la vida que a todos daba, y decir en aquella visión cómo había más que hacer yendo persona en el navío (que era Cortés) que había de ser instrumento para que su santo evangelio entrase en estos extendidos reinos de las Indias de la Nueva España, donde jamás fue conocido. Con alegre espíritu daban gracias a Dios y enderazaron la nave hacia la parte que vieron volar la paloma; y cuando la perdieron de vista (a la cual llevaban por norte) volvieron de nuevo a entristecerse. Pero no perdieron la esperanza de ver presto tierra, y así luego la misma Pascua de Resurrección vio el que velaba tierra, y díjolo a grandes voces; y fue así que descubrieron la Isla Española aquella mañana con grande regocijo de todos; y a tres o cuatro días pasados entraron en el puerto de Santo Domingo, que tan deseado le tenían todos. Aunque se dice de Cortés que mostró alegría con los demás; pero no tanta que por ella se conociese haber tenido el temor tan grande como los demás tuvieron.

CAPÍTULO II. *De lo que le sucedió a Cortés en Santo Domingo, y gracia que ganó con los que gobernaban; y de algunas prisiones que tuvo, y casamiento que hizo con Catalina Xuárez*

UANDO CORTÉS ENTRÓ EN SANTO DOMINGO no estaba el gobernador Nicolás de Ovando en la ciudad (que a la sazón se hallaba en Santiago donde muchas veces se recogía), pero un secretario suyo lo hospedó y cuando el gobernador vino lo recibió y le dio después repartimiento de indios y la escribanía del ayuntamiento de la villa de Azua, que este Ovando había hecho y fundado. Vivió Cortés en esto cinco o seis años dándose a granjerías. Quiso en este medio tiempo pasar a Veragua, que tenía fama de tierra rica y de mucho oro (que era lo que más Cortés apetecía), pero por cierta enfermedad que tuvo lo dejó, la cual le dio la vida